

## El consumo cultural en Cuba

Trayectoria en su conceptualización y análisis

Cecilia Linares Fleites <sup>1</sup>

Yisel Rivero Bazter <sup>2</sup>

### Pertinencia de un tema

El consumo cultural, si bien no ha constituido una prioridad en la agenda de investigación de las ciencias sociales cubanas, ha estado presente de una manera u otra, en el transcurso de los años. Aunque no se haya apelado explícitamente a esta noción como tal, se ha mantenido un interés por examinar cuestiones asociadas a la misma, como el tiempo libre, las audiencias y los públicos. Tales indagaciones pueden recolocarse en la dinámica de los intentos por conocer las características de los destinatarios de los bienes simbólicos y su incidencia en la vida cotidiana.

El trabajo que se presenta tiene como propósito principal develar la forma particular en que se ha abordado el consumo cultural en Cuba; reconstruir históricamente su trayectoria y delinear los principales momentos de su desarrollo, en su vinculación con las circunstancias económicas y culturales de las épocas en que les tocó desenvolverse, el poder y los cambios sociales que implicaba una revolución, donde la ideología y la construcción de hegemonía eran centrales.

Al detenernos de cerca en las tentativas por examinar esta problemática, encontramos áreas concretas de investigación, que nos permiten ordenar el recorrido de estos esfuerzos en el país, ellas son: el tiempo libre, las audiencias y uso de bienes culturales clásicos, así como las prácticas cul-

turales y procesos subjetivos asociados a ella. La dirección y evolución de las mismas siguen un itinerario permeado por: el condicionamiento del contexto social; las concepciones teórico-metodológicas dominantes en el ámbito nacional y su interinfluencia con enfoques internacionales (conceptos, dimensiones y evolución, teorías y autores emblemáticos); los contenidos temáticos fundamentales y las instituciones protagonistas.

Sobre esta base pudimos identificar tres momentos principales de las indagaciones sobre el consumo cultural: de 1959 a 1970, décadas del setenta y del ochenta, y del año 1990 hasta la actualidad. En cada una de dichas etapas, estos tópicos han tenido recorridos paralelos y desiguales, con mayor o menor peso y continuidad, que muestran coincidencias e interrupciones, diversas estrategias y dimensiones de análisis, orientaciones teóricas y metodológicas e intereses y demandas institucionales específicas. Elementos develadores de un hilo conductor, que sin establecer fronteras claramente delimitadas en el tiempo, ni pretender ser una rigurosa periodización histórica, favorecen la conformación del estado del arte de esta temática en Cuba, herramienta heurística imprescindible para, desde el presente, reflexionar sobre el pasado y proyectar el futuro.

<sup>1</sup> PSICÓLOGA CON MAESTRÍA EN DESARROLLO CULTURAL; INVESTIGADORA AUXILIAR DEL ICIC JUAN MARINELLO Y PROFESORA DE LA CARRERA SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA. DIRIGE EL TEMA DE INVESTIGACIÓN PARTICIPACIÓN Y CONSUMO CULTURAL. [cecilf2005@yahoo.es](mailto:cecilf2005@yahoo.es)

<sup>2</sup> SOCIOLOGA CON MAESTRÍA EN SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN; INVESTIGADORA AUXILIAR DEL ICIC JUAN MARINELLO Y PROFESORA DE LA CARRERA SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA. INVESTIGA EL TEMA "PARTICIPACIÓN Y CONSUMO CULTURAL". [yiselrb@yahoo.es](mailto:yiselrb@yahoo.es)

### Inicios de una ruta: 1959-1970

El triunfo de la Revolución marcó el comienzo de un proceso radical de transformaciones políticas, económicas y culturales en el país, como fueron: las leyes de reforma urbana y agraria, la nacionalización y socialización de capitales norteamericanos y nacionales, la creación y fortalecimiento del sistema de seguridad social, gratuidades de la salud, la cultura, la educación, el deporte y la recreación, entre otras.

El proyecto naciente tenía entre sus propósitos crear las circunstancias objetivas que garantizaran mejores condiciones de vida, tanto materiales como espirituales, a todos sus pobladores; eliminar las profundas desigualdades sociales y las relaciones de explotación que existían en la Isla; así como la formación de nuevos valores, que erradicara los rezagos y las deformaciones de una cultura capitalista y neocolonial, parte de su historia reciente, en pos de la nueva sociedad que surgía. Se implementaron programas para transformar la vida cotidiana de la población, junto a la configuración de una cultura política acorde a nuestras tradiciones libertarias.

Durante esta etapa, se desarrolló todo un conjunto de estudios concretos, según encargos de las esferas del gobierno, realizados fundamentalmente por equipos multidisciplinarios, dentro de las universidades. Estos respondían a la necesidad de acumular información científica para apoyar las decisiones políticas, sin afectar el consenso social, ni la legitimidad de la Revolución. En correspondencia, las problemáticas que más preocuparon en esa época fueron: la erradicación de los barrios marginales y sus altos índices de delito, la reorganización de la vida rural acorde a las nuevas estrategias de desarrollo agropecuario y azucarero, la utilización de las manifestaciones artístico-literarias para promover procesos de cam-

bio cultural, y el seguimiento de las características del consumo en los distintos grupos sociales, todo lo cual reflejaba la acelerada dinámica de estos primeros años.

Específicamente en cuanto al tema del consumo cultural, el área que más peso tuvo en este período y se impulsó decisivamente fue la del tiempo libre; mientras que la referida a las audiencias se vio truncada, a pesar de contar con antecedentes importantes en el país. Veamos a continuación la evolución de ambas líneas.

### El tiempo libre: nacimiento de un problema

En este contexto, el tiempo libre devino preocupación y demanda política. Momento importante para la lucha ideológica, en el marco de confrontaciones de clases y para la formación de nuevos valores sociales. Al respecto, no solo se requería de una infraestructura, a resolver por el Estado,<sup>3</sup> sino también cambios en los hábitos, los gustos y las preferencias de la población.

La eliminación del desempleo y el subempleo, las regulaciones de la jornada diaria (8 horas) y anual, el pago de las vacaciones, y el aseguramiento del poder adquisitivo de la población, trajeron como consecuencia el aumento de la disponibilidad del tiempo libre. Unido a esto, la nacionalización de playas, cines, teatros, hoteles e instalaciones deportivas, creó una base material para el disfrute y el consumo de productos, ofertas y servicios, en este tiempo, que posibilitó el derecho de todos al descanso, la cultura y el deporte.

En este período, el análisis sobre el empleo del tiempo y el consumo cultural y recreativo se hace relevante. La intención era proporcionar datos socioeconómicos, científicamente confiables, a los órganos del Estado, en aras de lograr un equilibrio entre los procesos de producción, distribución y consumo de bienes y servicios.

<sup>3</sup> ES IMPORTANTE DESTACAR QUE DESDE ESTE MOMENTO EL ESTADO, EN TANTO ACTOR PRINCIPAL EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA REVOLUCIÓN DE CARÁCTER POPULAR, ASUME NUEVAS FUNCIONES QUE ANTES PERTENECÍAN A LA ESFERA PRIVADA.

Con ello se pretendía garantizar las necesidades de los grupos sociales, de manera equitativa, y establecer una planificación económica adecuada. Dichos estudios tributaban a otros campos de investigación y de acción social, como aquellos relacionados con la comunidad, la familia y la conformación del ideal político que propugnaba la vanguardia revolucionaria. En ese sentido se define explícitamente el tiempo libre como una esfera de confrontación política e ideológica, esencial para la construcción del socialismo.

Las investigaciones sociológicas en relación con esta temática tomaron gran impulso como parte del proceso preparatorio del Seminario Internacional sobre el Tiempo Libre y la Recreación, celebrado en La Habana en 1966, por el Consejo Internacional de Educación Física y Deporte (CIEPS), la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO y el Instituto Nacional de Educación Física y Recreación (INDER). El mismo permitió un intercambio entre especialistas cubanos y científicos de renombre internacional, lo cual enriqueció las perspectivas teóricas y metodológicas con las que era abordado el tema en el país. Coincidieron en esa ocasión intelectuales de la talla de J. Dumazedier, A. Szalai, G. Osipov, entre otros.

El interés estuvo dirigido a conocer las características del empleo del tiempo en estudiantes y profesores de las escuelas primarias, mujeres dirigentes de base de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), además de la participación en las actividades políticas de los Comité de Defensa de la Revolución (CDR).

Otro momento importante fue la creación en 1966 del Grupo de Investigaciones Sobre Tiempo Libre (GASET), adscrito a la Universidad de La Habana. El mismo desarrolló, por primera vez, estudios en una extensa área urbana de las ciudades Matanzas y Santa Clara, inspirados metodológicamente en la propuesta de Szalai. Asimismo, la Universidad de Oriente llevó

a cabo una investigación sobre el empleo del tiempo libre en sus estudiantes. En fechas posteriores, esta área continuó ganando espacio a través de la labor de diferentes instituciones del país, de acuerdo a sus propósitos específicos.

### **Los estudios de audiencias: su debilitamiento**

Contradictoriamente, los estudios de audiencia y recepción de los medios de comunicación social en Cuba, no despertaron el mismo interés con el triunfo revolucionario. No obstante, su tratamiento contaba con antecedentes que se sitúan en la década de 1940, época que da inicio a las investigaciones sobre los *ratings* de programación y emisoras de radio, patrocinadas por la Asociación de Anunciantes y otros departamentos de sondeos al servicio de organizaciones privadas, con objetivos comerciales. El marco teórico-metodológico que sirvió de base a estos trabajos fue el paradigma de las escuelas norteamericanas, principalmente la de Lazarfield, con énfasis en el uso de la encuesta. Ya en los años cincuenta, existían condiciones técnico-organizativas y profesionales que permitieron al introducirse la televisión en el país evaluar las particularidades del público de este novedoso soporte.

Sin embargo, en el año 1959 las investigaciones en este campo se ven prácticamente interrumpidas por las urgencias de la convulsa realidad de ese momento histórico. Se produce un vuelco radical de la función de los medios, los cuales dejan de ser instrumentos al servicio de los intereses privados, para comenzar a desarrollar un activo rol social en la edificación del proyecto socialista. Ello requirió de una profunda reestructuración institucional, así como de priorizar diversas tareas en defensa de la Revolución, en un escenario de profundas confrontaciones de clase. Solo algunas instituciones, de manera ocasional y diseminada, continua-

ron esta línea de estudio, retomada con fuerza años más tarde.

De modo general, podemos afirmar que el período que se extiende desde 1950 hasta 1970 marca el momento inicial del desarrollo de las investigaciones en el país. No todas las áreas ocuparon el mismo espacio, despertaron igual interés o alcanzaron similar desarrollo, pero no hay lugar a dudas de que la realidad cubana y los cambios sociales que se producían se tornaron objeto de análisis científico. Es importante resaltar que esta arrancada no se hizo desde condiciones óptimas. La carencia de especialistas era enorme, debido a la falta de tradición histórica de muchas disciplinas, lo que se agravó con el abandono de intelectuales y académicos de renombre, que no apoyaban el proyecto revolucionario. Con escasos recursos humanos, las universidades se convirtieron en actor clave, tanto en la formación, como en las indagaciones concretas que produjeran respuestas a problemas específicos en el menor plazo posible. En un clima de creatividad, diálogo y debate, se construye un vínculo fluido entre los investigadores y los encargados de la toma de decisiones, desde una perspectiva de la necesidad de enfrentar juntos las transformaciones que ambos protagonizaban.

En el transcurso de este tiempo, comienza el crecimiento del número de colectivos de investigadores, recién formados por la Revolución, muchos de orígenes humildes, que ahora tienen posibilidad de convertirse en profesionales. Nacen también nuevas organizaciones dedicadas a las ciencias sociales, las cuales se consolidarán en etapas posteriores.

#### **Institucionalización: décadas de 1970 y 1980**

A principio de los años setenta, comienza el proceso de institucionalización de la Revolución, el cual se expresa en la entrada en vigor de una nueva Constitución y la

celebración del Primer Congreso del Partido. Se produce una profunda reestructuración del Estado, con la implantación de un sistema centralizado de dirección y planificación de la economía.

Estos cambios asumen como patrón de referencia el modelo soviético, el cual alcanza el sistema político, las formas y los procedimientos de los aparatos ideológicos y el ámbito de la cultura. En un momento de profundización de las relaciones de Cuba con el campo socialista, sobre todo con la Unión Soviética, que cristalizan en acuerdos de colaboración en las más variadas esferas de la sociedad y en nuestra inserción en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Muchos autores coinciden en que este período de “mimetismo gris” (Hernández, 2003) alcanza la década de los años setenta y el primer lustro de los años ochenta.

El impacto de estas transformaciones en la esfera de las ciencias sociales fue contradictorio. Por una parte, fue la etapa de recomposición del capital humano, con grandes planes de formación y de especialización, así como la creación de diversos centros de investigación, que fortalecieron el ámbito académico; se conformó una fuerte red de investigadores, construida desde los organismos estatales, los cuales fundaron organizaciones especializadas, encargadas de producir información y examinar sus estrategias ramales; estas últimas se constituyeron en el actor de investigación principal de los temas tratados en este artículo. Por otra parte, se entronizó un dogmatismo y un discurso homogeneizante, que truncó el clima creativo y la originalidad del pensamiento social característicos de los años sesenta.

Todo este contexto tuvo su incidencia en el desarrollo y diversificación de los estudios sobre el tiempo libre, desde el punto de vista económico y cultural, además en el restablecimiento de la preocupación por las audiencias.

### Tiempo libre: conformación de un modelo

En relación con el tiempo libre, simultáneamente a las acciones emprendidas desde el año 1959 para garantizar el derecho a su disfrute y consolidar su aseguramiento material e infraestructural, continuaron los estudios dirigidos a su interpretación y análisis. Proceso que estaba dirigido, fundamentalmente, a la elaboración de diagnósticos, pronósticos, sugerencias y evaluación de los impactos de las medidas tomadas, en una concientización sobre la función social de este tiempo y su trascendencia político-ideológica, que exigía respuestas desde las ciencias sociales. El tratamiento de esta cuestión siguió dos rutas principales, una centrada en su arista económica y otra en la cultural.

#### Dimensión socioeconómica

El Instituto Cubano de Investigación y Orientación de la Demanda Interna (ICIODI), creado en 1971, fue la institución pionera que de manera sistemática asumió el estudio del tiempo libre. El análisis de las necesidades recreativas, las ofertas de productos y servicios destinadas a satisfacerlas y la manera en que se manifiesta el consumo, fueron sus principales objetivos de trabajo. Entre sus primeras incursiones en estos problemas se encuentran: el estudio de la comunidad de Alamar (1973) —en el cual midieron las actividades principales en el interior de los hogares, quiénes y en qué espacio las realizaban— y el de la comunidad rural Los Naranjos (marzo, 1975), que junto a otros previos sirvieron de premisa importante para los análisis de empleo del tiempo a escala nacional realizados con posterioridad.

Comienza así en el año 1975 la utilización de amplias muestras poblacionales en las ciudades más importantes. El primer estudio nacional, solicitado por la FMC, se realizó en abril de ese año, para conocer los problemas que afectaban a las mujeres

en las tareas domésticas. El segundo, efectuado en septiembre, profundizó en los datos obtenidos en el anterior y se adentró en el volumen de tiempo libre, las actividades que incluía, la comparación de estas durante los días entre semana y el fin de semana, además de su distribución entre hombres y mujeres, aspectos que también fueron abordados en mayo de 1979.

Como complemento a estas investigaciones sobre presupuesto de tiempo, se realizaron otras con el objetivo de contar con información cualitativa sobre las necesidades y hábitos de los sujetos, como fueron el análisis de las vacaciones disfrutadas por los trabajadores (1978) y una encuesta por correo entre diciembre de 1978 y abril de 1979.

El concepto de tiempo libre al que se apelaba era:

el tiempo que la sociedad tiene para sí, una vez que con su trabajo (de acuerdo a la función y posición de cada uno de sus miembros) ha aportado a la colectividad lo que esta necesita para su reproducción material y espiritual [...]. Desde el punto de vista del individuo, se traduce en un tiempo de realización de actividades de opción no obligatoria, donde interviene su propia voluntad (influida por el desarrollo espiritual de cada personalidad) aunque, en última instancia, dichas actividades estén socialmente condicionadas. (Zamora y García, 1988: 24)

Dicha definición, acorde a los postulados marxistas, resaltaba el carácter socioeconómico de esta noción y situaba su origen en la producción como actividad social donde el hombre transforma los recursos de la naturaleza en objetos. Negaba considerarlo un bien natural, sino que era necesario producirlo y reproducirlo en la esfera del trabajo.

Los procesos de producción social se asumían como únicos determinantes del

tiempo libre y condición obligatoria para poder comprender los fenómenos sociológicos y psicológicos asociados a él. De manera explícita, se declaraba una escisión entre las dimensiones materiales e ideales de este fenómeno, donde las primeras eran las fundamentales. En esta lógica la secuencia investigativa imponía el análisis de lo material/objetivo (base económica) previo a lo sociopsicológico, como garantía de científicidad y de la posición dialéctica-materialista del autor:

el propósito es sacar a un primer plano el origen, la fuente del tiempo libre social, y con ello, destacar [...] su naturaleza económica antes que sociológica, la cual una vez evidenciada permite el estudio sociológico y psicológico —sobre bases rigurosas— de este fenómeno complejo. (Zamora y García, 1988: 15)

En la búsqueda y análisis de esta arista económica y del vínculo con los procesos de trabajo, inspirados en Marx, los investigadores partían de que la primera ley económica de la producción colectiva es el ahorro de tiempo en el trabajo, lo que se logra gracias al incremento de la productividad. El cumplimiento de dicha ley se demostraría en tres elementos: el aumento del tiempo libre, la manera en que se distribuye y la racionalidad en su empleo.

Estos tres factores se convirtieron en los ejes de análisis por excelencia en los estudios de esa época, para identificar cómo se iba verificando esa ley y las particularidades que asumía en las distintas etapas del socialismo. Es decir, el desarrollo de este proceso seguiría, ineludiblemente, los siguientes pasos: la reducción del tiempo destinado a las actividades de subsistencia y reproducción familiar, debido al perfeccionamiento de la esfera de los servicios a la población, junto a la disminución paulatina de la jornada laboral, llevaría al aumento de la magnitud del tiempo libre. A su vez se produciría un enriquecimiento de este, gra-

cias al progreso de la producción industrial (la electrónica), el fortalecimiento incesante de los índices de crecimiento de la economía y la elevación del nivel de vida de los trabajadores. (Roque, 1984)

En este razonamiento, se muestra la importancia que asumía esta categoría como indicador de los niveles de productividad alcanzados y, por lo tanto, del desarrollo socioeconómico de la sociedad, así como su función social: la reproducción ampliada de las capacidades físicas e intelectuales y el incremento de la acción creadora de los individuos. El tiempo libre se consideraba así como complemento al sistema productivo, en tanto servía para perpetuar sus fuerzas de trabajo, ya sea desde el punto de vista material como desde el espiritual. De esta manera, constituía un derivado de los avances en la esfera económica, resultado del bienestar material. La industrialización y la asimilación de los adelantos tecnológicos traerían como consecuencia un aumento de la producción y, con ello, un excedente de las riquezas, que permitiría su incremento, como momento importante para que el hombre se cultivara y expresara su capacidad creadora.

A su vez se consideraba como una dimensión importante del consumo. Lugar donde los resultados de la producción se convertían en objeto de disfrute, apropiación individual y satisfacción de necesidades de sujetos específicos. Se abogaba por la necesidad de un enfoque sistémico, que contemplara además la relación social entre la producción, la distribución y el cambio. Se defendía así una Sociología vinculada a la investigación del mercado, en aras de comprender a un mismo nivel todos los momentos del ciclo de producción, pero no se negaba que cada uno de estos elementos podía constituir campos autónomos de conocimiento. De hecho, la mayoría de las investigaciones en la práctica enfatizaron el consumo y sus características sociales, más que las otras fases del proceso.

En el tratamiento metodológico de es-

tas exploraciones se consideraba todo lo realizado por una persona durante un día entero y se detallaba si era día entre semana o fin de semana, lo cual era autorregistrado por los propios sujetos y posteriormente verificado a través de una “entrevista fundamentada” por el investigador. Una vez terminada la recolección de datos, toda la información obtenida se categorizaba según tipos específicos de actividad (trabajo, transporte, tareas domésticas, necesidades bio-fisiológicas, políticas y sociales, de tiempo libre) y se establecía el tiempo promedio que se empleaba en cada una, diferenciando según las características sociodemográficas de los individuos (edad, sexo, nivel de escolaridad, ocupación, estado civil).

Los análisis dividían el tiempo social en dos grandes grupos: de trabajo y extralaboral. Este último, a su vez, era subdividido en: tiempo de ocupaciones necesarias y tiempo libre.

Con respecto al tiempo libre se proponían los siguientes indicadores: magnitud, estructura, contenido, presupuesto de gastos monetarios e ingresos per cápita, frecuencia de participación en las actividades en relación con la oferta, opinión de los consumidores, necesidades recreativas, propósitos de compra e insatisfacción con la oferta, actividades preferidas y realizadas, y tenencia y utilización de artículos vinculados a esta esfera.

Sin embargo, en la práctica estos puntos eran tratados de manera independiente, y se privilegiaron unos con respecto a otros. En especial los referidos a las preferencias y hábitos de los consumidores y aquellos relacionados con la magnitud (cantidad de tiempo promedio utilizado en horas y minutos), la estructura (tiempo en cada actividad específica, momento del día y frecuencia con que se realizaba) y el contenido (tipo, nivel cultural y calidad de las mismas). Este último eje clasificaba las actividades en: pasivas, identificadas como ocio, en tanto descanso más allá de

la recuperación física, y activas, englobadas en el concepto de recreación, que incluía tres clasificaciones: artístico-literaria, el turismo y de esparcimiento. (Zamora y García, 1988)

La preocupación por la influencia del mercado y la disponibilidad monetaria de los ciudadanos, aunque estaba incluida en sus propuestas de abordaje de este proceso, se perdió poco a poco. Se asumía que la evaluación y reflexión de la forma en que cada cual empleaba su tiempo reflejaba mejor el nivel y el modo de vida, que los estudios del presupuesto de gasto de la población.

La poca atención a la incidencia de los aspectos monetarios, en el comportamiento de los individuos, pudiera estar dada por las condiciones sociales imperantes en la época. No existía una diferencia tan marcada en las posibilidades adquisitivas entre los distintos estratos poblacionales, esto es, la distancia entre las escalas salariales no era elevada. Casi todos podían disfrutar de los bienes disponibles en la sociedad, cuyos precios eran acordes con los ingresos promedios o eran gratuitos. Esto era posible porque el Estado jugaba el papel regulador por excelencia en la construcción de espacios de igualdad en todas las áreas fundamentales de la vida, incluida la recreativa-cultural, en un contexto donde las relaciones de mercado eran exiguas y la existencia del campo socialista lo hacía posible.

De todas maneras, las formas en que se condujeron las investigaciones lograron identificar las particularidades que asumía el tiempo libre en los distintos segmentos poblacionales, incluidos sus gustos, hábitos, así como las demandas de productos o servicios específicos. En correspondencia, se planificaron sobre una base científica, los procesos de producción y distribución, además se proyectaron acciones educacionales, que permitieran incrementar la calidad y espiritualidad de este tiempo. Acorde a la tarea principal que se le

asignaba a la Sociología Marxista del tiempo libre: obtener información objetiva para fundamentar adecuadamente la función de dirección de las instituciones sociales, con el fin de aprovechar más racionalmente ese tiempo social. (Zamora, 1990)

Junto al ICIODI, a partir de 1975 y durante “la década del ochenta”, el interés por el estudio del tiempo libre aumentó y se diversificó y varios organismos emprendieron investigaciones sobre este fenómeno. En el INDER se destacan trabajos sobre: “Las actividades físicas en las zonas montañosas de Granma” (1983); “El tiempo libre y la participación en la cultura física de la población” (1985), y otros referidos a los atletas de alto rendimiento y jóvenes trabajadores de comunidades campesinas.

El Centro de Estudios de la Juventud acumuló información sobre este tema en el sector juvenil. Entre las investigaciones realizadas están: “El tiempo libre de los jóvenes de Habana del Este” (1985); “El tiempo libre de la juventud en Cuba” (1983-1985); “Labor de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) en función de un tiempo libre más culto y sano” (1986).

Igualmente desde las universidades se llevaron a cabo estudios como: “El empleo del tiempo libre de la juventud en Camagüey” (1982), “El tiempo libre como factor en la formación socialista” (1983) y “La educación estética de los estudiantes fuera del aula” (1984).

Por su parte, en el Ministerio de Cultura (MINCULT), fundado en 1976, se trataba de profundizar sobre el lugar de la cultura artístico-literaria en este tiempo, en diferentes sectores de la población, y el rol desempeñado por las instituciones culturales para elevar la calidad de su utilización. Baste señalar: “Empleo del tiempo libre en Cuba” (1975); “El tiempo libre y la cultura en jóvenes de preuniversitario de Ciudad de La Habana” (1979-1982); “El sistema motivacional vinculado al tiempo libre y al cine en dos municipios de Ciu-

dad de La Habana” (1980-1981); “Característica del presupuesto de tiempo” (1981); “La vida cultural y el tiempo libre de los pescadores de la flota del golfo” (1982); “Las Casas de Cultura como vehículo de la promoción cultural y su incidencia en la utilización racional del tiempo libre de la juventud” (1983).

Al valorar el conjunto de trabajos efectuados en esta etapa puede afirmarse que la labor del ICIODI, hasta su desaparición, constituyó la propuesta teórica y metodológica más elaborada. Emprendieron importantes investigaciones abarcadoras, no solo por las amplias muestras poblacionales utilizadas, sino también por la diversidad de problemas abordados y la rigurosidad de sus marcos conceptuales. Aunque las mismas tenían un carácter eminentemente empírico, en correspondencia con los propósitos de esta institución, se esforzaron por lograr una articulación coherente entre la teoría y la práctica. Sin embargo, el tratamiento exclusivamente socioeconómico del cual había sido líder esta institución se ve complementado simultáneamente con el desarrollado por otras organizaciones, que sitúan la cultura como factor explicativo general de este fenómeno.

### Dimensión cultural

En septiembre del año 1982, se crea el Problema Principal de Investigación de Ciencias Sociales no. 205 (PPS) “El tiempo libre de la población y sus formas de empleo más cultas”, regido por la Academia de Ciencias de Cuba y dirigido por el MINCULT. Sus primeros esfuerzos fueron nuclear a investigadores de distintas disciplinas e instituciones, que habían acumulado resultados importantes en las décadas anteriores. Se integraron al mismo diversos organismos como el INDER, la UJC, el Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT), el Ministerio del Turismo, el ICIODI, el Ministerio del Interior (MININT),

el Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE), la Universidad de La Habana y el Equipo Nacional de Opinión del Pueblo del Partido Comunista de Cuba.

Este proyecto se vio condicionado por la dinámica propia del estudio del tema y una nueva forma de organización de las ciencias en el país, que se caracterizaba por la definición de un plan nacional de investigaciones, según los problemas más apremiantes. Ello creó las bases para construir un espacio de integración, intercambio y evaluación de lo realizado hasta la fecha, aunque esto no propició de manera inmediata la articulación deseada entre los especialistas y sus agendas. Continuó, entonces, la realización de trabajos independientes, ya mencionados con anterioridad, circunscritos a los intereses institucionales.

Sin embargo, la maduración de los investigadores y la necesidad cada vez más apremiante de lograr una profundización en las bases conceptuales del tema condicionaron que este espacio fructificara y se legitimara como lugar de debate y proyección de nuevas perspectivas.

En 1986, se celebró el Coloquio Nacional Metodológico de Investigación del Tiempo Libre, auspiciado por el MINCULT, como expresión de una preocupación por reflexionar sobre la manera en que se había abordado el tema en el país, donde se hacía necesario considerar otros ejes de análisis que lo complejizaran. Ya no era suficiente conocer sus magnitudes, estructura y contenido, sino también hacer énfasis en su dimensión cultural, evitando su sentido residual con respecto al tiempo de trabajo. Desde esta lógica, se asumía como algo establecido por múltiples factores y la prioridad era lograr una comprensión de la dinámica que se generaba alrededor del mismo, para incrementar un uso más culto y elevado por parte de los sujetos.

Este giro se argumentaba por el hecho de que a esas alturas ya se había logrado el incremento del fondo del tiempo libre a

escala social, gracias a la disminución de la jornada laboral y la garantía de servicios culturales-recreativos, incluso con alta calidad. Pero, la estructura y el contenido del mismo no habían cambiado como se esperaba, por lo que era preciso concentrarse en factores subjetivos que pudieran estar condicionando dicho comportamiento. Así, cobró sentido desviar la atención hacia el estudio de la cultura del tiempo libre, como núcleo fundamental del Problema Principal, en su edición de los años 1985 a 1990.

Esta posición defendía la tesis de que el tiempo libre estaba asociado más a procesos de orden cultural y a las barreras creadas por la propia gestión estatal, que a las dificultades económicas, materiales o de otra índole. (Roque, 1993) Para comprobarla, se conformó un modelo de estudio que partía de la necesidad de analizar cuatro dimensiones esenciales: oferta estatal y social (sistema de actividades, opciones e instalaciones); educación (información y conocimiento sobre la existencia, calidad y las funciones de cada opción, así como de sus valores culturales), motivación para el tiempo libre (orientación motivacional, sentido personal, sistema de vivencias y sistema de objetivos) y práctica recreativa (ubicada en el modo de vida).

Se incluyen aquí otras variables de naturaleza sociopsicológicas, como son la educación y las motivaciones, que permitirían comprender mejor la dinámica de este fenómeno, donde las condicionantes esenciales eran más de índole subjetiva y organizativa que material. En este último sentido, se constataron estilos verticales y poco democráticos de dirección, falta de integralidad y coordinación en su gestión, alejamiento de las necesidades de la población, pocos canales para su participación en la dirección de la recreación, unido a la pobre calidad de procesos educativos para el uso del tiempo libre. Consecuentemente, las recomendaciones se dirigieron a estimular la participación de la población,

a través de mecanismos creados por ella misma, en coordinación con las estructuras de gobierno a escala local o municipal y en la explotación creativa de los recursos disponibles. (Colectivo de autores, 1990)

En esta línea se realizó un experimento de investigación-acción, entre los años 1988 y 1990, en el municipio de Jovellanos, en la provincia de Matanzas. Su objetivo era lograr una mayor participación de los residentes en la planificación de su recreación y romper la actitud de pasividad ante sus problemas. Una vez identificadas las dificultades principales de la localidad, por los mismos sujetos, se concibió y aplicó un esquema organizativo de asociación autodirigido, denominado Comisiones Locales de Recreación, que fueron elegidas en asambleas abiertas por los habitantes del lugar. Las mismas planificaban su trabajo en dependencia de las necesidades planteadas, en coordinación con las instituciones del territorio. Esta fórmula logró colocar a la población como sujeto de acción, en lugar de mero consumidor de actividades diseñadas por otros, lo que repercutió favorablemente en la situación recreativa y en el aprovechamiento de los recursos. A pesar de que su desarrollo y continuidad exitosa se vieron obstaculizados por la organización social existente —en extremo centralizada, con múltiples regulaciones y normas estatales, que limitaba la real autonomía de estas localidades—, esta experiencia constituyó un antecedente importante en la posterior reivindicación de la comunidad como agente de transformación social.

De manera general, el abordaje del tiempo libre en este período se caracteriza por la coexistencia de distintas posiciones, aquellas que parten de una determinación a ultranza de los mecanismos socioeconómicos, y otras que, sin negar esta naturaleza, enfatizan las condicionantes culturales y subjetivas. Sin embargo, su rasgo común es la defensa del carácter instrumental de la ciencia y la necesidad de una plataforma

teórica-metodológica común, regida por un marxismo, en extremo ideologizado, característico de la época:

[...] es necesario [...] establecer una perspectiva verdaderamente marxista-leninista que posibilite el cumplimiento de las funciones del diagnóstico y las del pronóstico científico. [...] Un sistema de control teórico-metodológico que permita elevar el nivel teórico-práctico de las investigaciones, su utilidad y su rentabilidad. (Roque, 1984: 119-120)

Desde nuestro punto de vista, el exigir un único paradigma de referencia clausuraba la posibilidad de adoptar diferentes perspectivas de análisis que pudieran acercarnos de manera más completa y profunda a los problemas tratados. Desafortunadamente, ese solo camino “legítimo” de hacer ciencia negaba el aporte de otras líneas de pensamiento y la posibilidad de abordar otras dimensiones de análisis.

Por otra parte, se concebía que las investigaciones debían ser pautadas en toda su dinámica, en búsqueda de un patrón evaluativo de su efectividad y rigor, lo que se admitía como condición necesaria y suficiente para develar en toda su amplitud el fenómeno investigado. Por consiguiente, la precisión teórica-metodológica de este modelo debería asegurar la evaluación de las regularidades y desviaciones del mismo, según las leyes del “socialismo real”, que pautaban el devenir del progreso social.

Las hipótesis fungían, en mayor medida, como verdades absolutas, más que como probabilidades a comprobar o conocimientos por construir en el proceso de indagación. Se daba así muestras de un pensamiento más cercano al positivismo y al dogmatismo, que a los postulados marxistas que afirmaba defender. Vale la pena aclarar que tal lógica no es exclusiva de esta área, sino un rasgo común que marcó el decursar de las ciencias en esta época,

como veremos en un epígrafe posterior. No obstante, el propio fragor del trabajo y otro conjunto de circunstancias hicieron posible el paso hacia posiciones más flexibles, para dar cuenta de una realidad social compleja, difícil de acotar en tendencias específicas y previsibles. Se revaloriza la función reflexiva de la ciencia, de manera que, más que un instrumento de comprobación de regularidades dadas, sirviera para examinar sus propios problemas y las potencialidades, en la construcción de alternativas posibles. Esto, unido al desarrollo e institucionalización de una comunidad científica, la acumulación de datos concretos sobre estos temas, produce un cuestionamiento por parte de los propios investigadores de sus modos de operar, desde una visión problematizadora.

Varios especialistas han realizado un balance crítico de los años de investigación sobre el tiempo libre y el consumo recreativo de la población y abordado las cuestiones, tanto teóricas como metodológicas, que han limitado esta área. Zamora (1990) refiere que, si bien se había avanzado en una definición integral del tiempo libre en el ámbito conceptual, su definición operacional aún era incompleta y existían pocos estudios que vincularan estos dos niveles de forma adecuada. Señala dos maneras de acercarse a estos fenómenos, claramente diferenciadas, la teórica y la empírica, e incluso un cierto desdén por la primera. El privilegio por la encuesta y el análisis cuantitativo, justificado por su carácter aplicado, los hacía encerrarse en un profundo empirismo.

De modo general, puede decirse que a partir de 1975, y en especial en toda la década del ochenta, y en los primeros años de la del noventa, el cúmulo de investigaciones sobre esta temática alcanzó cifras considerables. Se realizaron cuatro estudios nacionales sobre el presupuesto de tiempo de la población (1975, 1978, 1985 y 1988). Los dos primeros por el ICIODI y los restantes por el Comité Estatal de Es-

tadísticas, actual Oficina Nacional de Estadística (ONE), cuyos resultados permitieron alcanzar una imagen general sobre la vida cotidiana de la población cubana, junto a otros trabajos parciales interesados en profundizar en aspectos particulares como los que reseñamos con anterioridad. A esto se suman algunos intentos por establecer el marco conceptual y epistemológico que validara su tratamiento. Sin renunciar a los postulados marxistas, se comenzó paulatinamente a considerar otras fuentes de pensamiento, cuyos aportes podían contribuir al conocimiento de este tema. Tal fue el caso del trabajo “Una fuente crítica o crítica de una fuente”, de Roberto Roque y Velia C. Bobes (1987), donde se hace un examen exhaustivo, sin dogmatismos ideologizantes, de las limitaciones y contribuciones de las distintas escuelas llamadas “burguesas”.

Es necesario destacar que esta revitalización de la capacidad crítica y creativa en el tratamiento de este fenómeno fue más una tendencia puntual ubicada en los últimos años de la década de los ochenta, que un acontecer general de este período. La dispersión de la labor investigativa, la poca interacción y comunicación entre los especialistas de las diferentes instituciones, la débil interdisciplinariedad e integración teórica-metodológica, la preeminencia de los enfoques descriptivos y cuantitativos, constituyen sus rasgos característicos.

Por último, debe señalarse que el tiempo libre como problema de investigación fue perdiendo espacio en las agendas que se implementaron en años posteriores. Varias son las causas que explican este hecho. En primer lugar, la crisis económica que enfrenta la sociedad cubana a principio de los años noventa, cuyas estrategias de reajuste hacen emerger una serie de fenómenos sociales, nunca antes vistos, de mayor urgencia, que reclaman los esfuerzos de las ciencias sociales. En segundo, los investigadores que lideraban esta te-

mática se dispersan, sin que existiera otra estructura funcional y administrativa que la asumiera. En tercero, porque, de hecho, el tema del tiempo libre se diluye y se empieza a desarrollar tangencialmente con los de participación popular y estudios comunitarios, en el contexto de una redimensión del papel transformador y protagonista que debía tomar el ámbito local en la configuración de sus estrategias culturales y recreativas; necesidad que había sido avizorada por los especialistas como parte de sus análisis en el desarrollo del Problema Principal.

### El retomar de las audiencias

Simultáneamente en estos años, el Departamento de Investigaciones Sociales del Instituto Cubano de Radiodifusión, creado en 1977, ahora Centro de Investigaciones Sociales, reinicia las indagaciones sobre el público de la radio y la televisión, que habían quedado prácticamente interrumpidas en el año 1959.

Desde su fundación hasta la actualidad, han desarrollado un conjunto de líneas de investigación, interesadas en conocer el impacto de la programación radial y televisiva, en la búsqueda de sus nexos con los distintos estratos sociales. En este sentido, se particulariza en programas y géneros específicos, se evalúan las opiniones, críticas, hábitos, preferencias, así como el uso de estos medios por la población (tiempo de exposición, momentos del día, horarios y frecuencias de realización). De forma tal que han acumulado información sistemática sobre las características de las audiencias, tanto a escala nacional como provincial.

Como ejemplos de su labor podemos citar estudios tales como: “Algunas tendencias en los hábitos de teleaudiencia de la población cubana” (1985); “La TV y su uso: resultado de un estudio representativo con niños de edad escolar menor” (1986); “El uso de la TV en Cuba” (1987);

“Características de la audiencia y aceptación de las transmisiones de diferentes telecentros” (1988); “Cómo emplean la TV los niños de edad preescolar” (1987); “El televidente cubano ante la selección de programas, una aproximación” (1989), y estudios exploratorios sobre la programación infantil, en zonas urbanas y rurales, junto a sondeos opináticos sobre programas especiales o comparecencia de figuras públicas.

El conocimiento sobre el impacto de los géneros particulares de la televisión, también ha sido sobresaliente; por ejemplo: “Encuesta sobre la telenovela Doña Bárbara” (1978), “Encuesta sobre el espacio fílmico Cine del Ayer” (1978); “Encuesta sobre el programa Todo el Mundo Canta” (1979); “Sondeo de opinión sobre la telenovela *El tiempo joven no muere*” (s/f); “Algunas opiniones sobre la programación dramatizada” (1983); “Análisis comparativo de la teleaudiencia según su función” (1983); “Estudio del comportamiento de las preferencias por la programación televisiva cinematográfica” (1983); “La eficacia de los seriales televisivos para jóvenes. Análisis de una experiencia, *Del lado del corazón*” (1986); “La telenovela cubana actual y sus espectadores. Estudio de *La séptima familia*” (1988); “La relación de la población con la programación informativa” (1988); y “Consideraciones sobre los horarios de transmisión del espacio televisivo de La Novela” (1988).

Otra institución que también tuvo como una de sus preocupaciones los públicos fue el Centro de Información del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). Aunque con una débil estructura organizativa, su Sección de Investigaciones, a partir de 1976, se enfocó en dos ejes de análisis principales: las características del espectador cinematográfico y el estudio de la génesis y evolución del cine en Cuba.

En cuanto al primero el interés fue conocer sus preferencias, motivaciones, actitudes, prejuicios, hábitos, recepción de la crí-

tica y procesos de percepción, de acuerdo a sus rasgos sociodemográficos. Se destacan trabajos como: “El cine en el sistema de motivaciones y actividades de tiempo libre en los jóvenes” (1978), “El video en un grupo de jóvenes preuniversitarios” (1985), “Estudio de los niveles de comprensión de los filmes *Corazón sobre la tierra* y *Jíbaro*” (1986), “Niveles de lectura de los espectadores del filme *Lejanía*” (1987), “Interpretación de *Tarzán* por un grupo de estudiantes universitarios” (1987).

Un aspecto significativo en el quehacer de esta organización fue la conformación de un espectador crítico, esto es, preparar a la audiencia para un mejor disfrute de la obra fílmica, estimular su reflexividad y su capacidad interpretativa. Para ello se llevaron a cabo programas de divulgación y educación por TV, la creación de una red de cine clubes, junto a otras actividades como conferencias, cines y video-debates en centros laborales y educacionales.

Enmarcado en estos propósitos surge el proyecto “El universo audiovisual del niño latinoamericano”, que se mantiene en la actualidad. Parte de reconocer la influencia de los medios de comunicación masiva en la vida de los niños y la necesidad de prepararlos para su interacción con ellos, así como a la familia, educadores y otros agentes de socialización. Influenciado por el modelo de recepción crítica, desarrollado por el Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA), en Chile, este programa ha propiciado experiencias dedicadas a la valoración de programas y filmes vistos, al conocimiento del lenguaje audiovisual, de las técnicas de producción, y abrió un espacio en los Festivales del Nuevo Cine Latinoamericano para que los creadores y educadores intercambiaran sus metodologías, acciones implementadas, éxitos y obstáculos enfrentados.

La recepción de las publicaciones periódicas quedó rezagada con respecto a otros medios de comunicación y por debajo de las necesidades sociales de su propio de-

cursar y de las potencialidades técnico-profesionales de la que disponía. No obstante, desde la Escuela de Periodismo de la Universidad de La Habana, actual Facultad de Comunicación, se efectuaron análisis sobre la prensa y las revistas de carácter nacional, provincial y especializadas, para evaluar el cumplimiento de sus perfiles y objetivos editoriales, comportamiento de temáticas y géneros, uso de recursos gráficos, en su vinculación con sus lectores.

A partir del año 1981, el periódico *Juventud Rebelde* conformó un grupo especializado en investigaciones, con el interés de valorar el efecto que tenía este órgano en la población, en especial, en la juventud, sector al que iba dirigido. La intención fue profundizar en la frecuencia de adquisición y lectura; preferencias por temas y secciones de sus lectores; análisis del empleo de la gráfica y del lenguaje. También las organizaciones de masas desarrollaron algunos estudios sobre cómo los medios de prensa reflejaban sus actividades.

El Ministerio de Cultura, con sus direcciones especializadas, enriqueció el panorama de los estudios sobre público y audiencias. Constituyeron ejes de análisis vitales el uso de los bienes culturales clásicos y de las instituciones. Dentro de estos ejes, se abordaron las características sociodemográficas, gustos, preferencias, hábitos, motivaciones, estereotipos y niveles de satisfacción de los destinatarios del hecho cultural. Se analizaba, además, el impacto de eventos de gran significación cultural; por ejemplo: Festival de Ballet (1978 y 1980), Festival de Teatro de La Habana (cuatro ediciones del 1980 al 1987); Varadero (1988); X Festival del Nuevo Cine Latinoamericano (1988); la I Bienal de La Habana (1989); Festival de Teatro Latinoamericano Camagüey 1990; entre otros.

La expectativa era que a través de esta información se podrían establecer estrategias para lograr una promoción más efectiva en el entorno de una política cuyo objetivo fundamental era la democratización

de la cultura artístico-literaria en el país, que incluía acciones para modificar actitudes, conductas y formar determinados valores, acorde al proyecto social.

Entre las instituciones que tempranamente comenzaron reflexiones de este tipo, están la Biblioteca Nacional y la Dirección Nacional de Bibliotecas, con vistas a ofrecer un mejor servicio y a convertir las bibliotecas en centros culturales-educativos por excelencia. Específicamente el tema de la lectura y la búsqueda de métodos novedosos para su promoción fue una preocupación permanente que animaron estos estudios. Se destacan así: “Algunas particularidades de las prácticas e intereses de lectura de los usuarios del Departamento Juvenil de la Biblioteca Nacional José Martí” (1979), “Estudio del comportamiento de los usuarios profesionales de la Biblioteca Nacional” (1980), “Dinámica y demanda de los lectores adultos de la Biblioteca Nacional” (1981), “Investigación acerca de la demanda y oferta de los usuarios del Departamento de Información de la Cultura” (1983), “Uso y necesidades de los profesionales de los servicios de la Biblioteca” (1983); “El sistema motivacional vinculado a la lectura. Actitud hacia el libro como obra artística” (1984).

La Dirección de Divulgación del MINCULT, de igual forma, centró su mirada en la lectura, e incursionó en los intereses y hábitos literarios de los jóvenes estudiantes, bibliotecarios, entre otros, y en la utilización de las librerías por diferentes grupos sociales.

La preocupación por interpretar las conductas de las audiencias y el público de la cultura abarcó un amplio espectro y ofreció una caracterización detallada del consumo televisivo y de otros medios, así como del uso de bienes culturales clásicos. De todas maneras, la mayoría de estas investigaciones tuvieron un carácter meramente instrumental; resultaron funcionales a los intereses de los organismos que las patrocinaban, con vistas a obtener información sobre el impacto de las ac-

ciones que implementaban. La búsqueda se centraba en los resultados inmediatos que producían sus mensajes culturales, en el marco de un modelo de comunicación lineal de causa-efecto, donde se esperaba que el comportamiento dependiera de la naturaleza del estímulo. Consecuentemente, era importante identificar las distancias entre la intención de los creadores y la recepción de sus mensajes. Este interés estaba asociado en gran medida a la función educativa e ideológica que se le atribuía a los medios de comunicación y a la producción cultural en Cuba, en la transmisión de valores y actitudes, acordes al proyecto político.

La creación del tema “Perfeccionamiento de la influencia de los medios de difusión masiva en la formación de adolescentes y jóvenes”, por la Academia de Ciencias de Cuba, para el quinquenio 1985-1990, muestra la preocupación por consolidar su función social. Sus objetivos explícitos eran evaluar la manera en que los mensajes eran recepcionados, su nivel de eficacia, y el grado de correspondencia entre los mensajes transmitidos y los contenidos orientados por la dirección del Partido.

Acorde con la dimensión aplicada atribuida a las ciencias sociales, su propósito último era viabilizar un diálogo entre las autoridades y los investigadores, que permitiese brindar datos para evaluar la efectividad de las decisiones. De ahí que las indagaciones en este tema se encaminaran a ofrecer información y recomendaciones útiles para el perfeccionamiento de su política ideológica con respecto a los jóvenes, así como a contribuir a la elevación y eficacia de los medios en su educación. Específicamente se privilegiaba su función de diagnóstico e identificación de algunas desviaciones en la implementación del modelo trazado, siempre que estas no implicaran cambios radicales del mismo y, por lo tanto, la deslegitimación de su papel crítico-constructivo. Esto traía como conse-

cuencia que las relaciones entre las ciencias sociales y sus patrocinadores fueran contradictorias. Por una parte, la investigación era promovida, se invertían recursos en su desarrollo tanto material como humano, en la medida en que existía una conciencia sobre su rol en el perfeccionamiento de la sociedad; pero por otra, los temas y las maneras de abordarlos eran subordinados a perfiles institucionales, en ocasiones estrechos, que obviaban los aspectos conflictivos. De ahí que en la práctica algunos de los resultados, aunque podían ser valorados positivamente, no eran aplicados a la realidad social, ni constituían elementos de juicio para la renovación de las estrategias institucionales, previamente trazadas, que eran poco permeables a transformaciones novedosas.

Hay que considerar también que los grupos que llevaban el peso de estos análisis, se insertaban en entidades adscritas a organismos centrales del Estado, como el MINCULT y el ICRT, cuyo objetivo era asegurar las condiciones para la creación, la producción, la difusión y la promoción cultural, educativa e ideológica. Por consiguiente, los recursos de que disponían se dirigían, básicamente, a la ejecución de acciones concretas, que respondían a los propósitos esenciales para los que fueron creados, donde la investigación era considerada más bien como un área de apoyo de carácter suplementario. No se trataba de una subvaloración de la importancia de estos estudios, sino de que no eran la esfera prioritaria.

Todo ello contribuyó a un retraso en el desarrollo de este campo de análisis. De hecho, quienes hacían esta labor no contaron con el imprescindible intercambio —ni intra, ni internacional— de especialistas, ni con la bibliografía actualizada que les permitiera conocer el devenir de estas disciplinas en el mundo, ya fuera desde el punto de vista teórico, metodológico, como de los propios resultados. Sus horizontes de referencia fueron realmente limitados a

autores disponibles en el país, fundamentalmente las teorías norteamericanas de los años cuarenta y cincuenta, y algunos abordajes marxistas. Ello trajo por consecuencia una clara influencia positivista y funcionalista, a pesar de las declaraciones marxistas que hacían los autores, alejados del enfoque dialéctico que defendían.

La suma de estos factores incidió negativamente en la manera de abordar el público y su relación con los medios de comunicación y la cultura. Asuntos que fueron tratados de forma parcial y fragmentada, sin abarcar la multiplicidad de variables que entraban en juego, con una ausencia de análisis teóricos y epistemológicos, que impedía la reflexión de los problemas propios de esta esfera, según las particularidades de nuestra sociedad.

Desde un punto de vista metodológico, la prioridad fue la descripción y representatividad estadística, fundamentalmente a partir de técnicas empíricas y cuantitativas, con enfoques extensivos y pobre sustento conceptual.

Hay que reconocer, no obstante las deficiencias anteriormente descritas, que en estos años se desarrollaron esfuerzos significativos para profundizar en este campo. Muchos de estos cuestionamientos fueron emergiendo a partir de una apropiación crítica que hicieron los propios investigadores de su labor, en la confrontación cotidiana con una realidad cambiante, que develaba problemas que no podían ser abordados desde esquemas preestablecidos.

### **Década del noventa.**

#### **Consolidación de una agenda: el consumo cultural**

La caída del socialismo en Europa del Este y el recrudescimiento del bloqueo por los Estados Unidos impactaron fuertemente la sociedad cubana. Aquellas condiciones creadas que permitieron conformar espacios de equidad y accesibilidad cultural a todos sus ciudadanos, así como la dis-

ponibilidad económica y de tiempo de la población, se vieron seriamente afectadas. Aunque el Estado continuó la subvención de los bienes y servicios culturales, mantuvo estables sus precios e incluso las gratuidades; sus recursos se vieron drásticamente limitados.

Ante esta situación, el país se vio en la urgencia de insertarse en el contexto de la mundialización del capital y de la globalización con desiguales capacidades competitivas. En el plano interno, tal inserción supuso un rediseño de su política económica, a partir de un impulso a la descentralización empresarial y local, la entrada de capital extranjero y la diversificación de la propiedad. Ninguno de estos cambios implicó una renuncia del Estado a su compromiso de protección social, siempre en la búsqueda de caminos alternativos y novedosos, distintos a las recetas neoliberales impuestas en América Latina. Su puesta en marcha, no obstante, desencadenó efectos no deseados, que contrastan con el modo de vida característico de las tres primeras décadas del proceso revolucionario, estructurado sobre la base de una redistribución equitativa de la riqueza social y la atenuación de las desigualdades sociales, fundamentalmente la de clases. (Martínez, 2001)

Entre los impactos negativos más importantes se encuentran: la diferenciación por el ingreso, la cual sitúa en posiciones diferentes a los grupos sociales, con respecto a sus posibilidades de acceso al consumo de bienes y servicios, no garantizados con la distribución normada (Perera, 1998); el aumento progresivo de las distancias sociales y la polarización en “élites” y “vulnerables”; (Espina *et al*, 1998) aparición de percepciones, aspiraciones y valores en determinados grupos poblacionales alejadas del ideal del proyecto social revolucionario; así como sentimientos de incertidumbre e inseguridad ante la situación de cambio. (Martín *et al*, 1996; Valdés, 1996) Especialmente, la disminución

del valor real del salario, su concentración en un número limitado de la población y la pérdida de su capacidad de compra, ha hecho que trasciendan a la subjetividad cotidiana el tema económico y el mercado. El cálculo a partir de la relación precios/disponibilidad monetaria en la familia y la relación cambiaria peso/dólar, se ha convertido en una constante en la economía doméstica. (Ferriol, 1999)

El empeño por contrarrestar estas repercusiones se hizo patente en la medida que se alcanzó cierta recuperación económica. A partir del año 1997, se incrementan los salarios en determinados sectores, como la salud y la educación, en la lucha por conservar las garantías sociales consolidadas a lo largo de la Revolución. Incluso nuevos programas sociales se han implementado para marcar la diferencia con las reformas neoliberales latinoamericanas, pero no logran aún eliminar del todo la desigual distribución de ingresos.

En esta línea, Angela Ferriol (1999) argumenta que esta diferenciación se asocia al tipo de vinculación con el mercado de trabajo y, en menor medida, a las remesas o donaciones en divisas. Consta que los ingresos laborales promedios son mayores en el sector informal, cuyas actividades son más lucrativas que las de los empleos estatales. Por tanto, la población en la que más incide el riesgo es la del sector estatal. Esto se agrava por la coexistencia de varios tipos de mercado: dos de moneda nacional, uno a precios fijos y otro liberado; uno formal en divisas, y otro informal en ambas monedas. Junto a esta diversificación, se añade la transición del mercado racionado a bajos precios hacia otros mercados regidos por la demanda. En este último se oferta un conjunto amplio de bienes y servicios, incluso algunos que conforman la canasta básica. Ello obliga a las familias a incursionar en todos estos mercados, en dependencia de sus ingresos.

Hay que tener en cuenta que los precios

en cada uno de estos mercados fluctúan considerablemente. Los libres en moneda nacional son siete veces mayores que los fijos. Mientras que los del mercado formal en divisas llegan a ser veinte veces superiores. Esto trae como consecuencia que las personas con mayor acceso económico son las que pueden optar por un mercado más surtido y de calidad, fundamentalmente en divisas, aunque esa posibilidad se ve limitada por el alto costo de sus productos.

Indiscutiblemente todas estas circunstancias han incidido negativamente en el ámbito cultural. Pese al papel regulador del Estado, aún persisten diferencias en el acceso de los grupos sociales de menor ingreso a determinados tipos de bienes y servicios. Brechas de desigualdad no deseadas que limitan las posibilidades de disfrute, incluso entre personas tradicionalmente habituadas a ello.

Si bien en Cuba la desigualdad social no alcanza los derechos esenciales, históricamente garantizados por el proyecto social revolucionario, ha empezado a ser parte de nuestra realidad. Cobra significación especialmente, con relación a los procesos de consumo, en su sentido más amplio, en tanto se torna un marcador de diferencias cuantitativas y cualitativas, de incuestionable valor, que justifica la pertinencia de su abordaje investigativo.

El tema del consumo comienza a tener cierto lugar significativo para los investigadores sociales. En las áreas de comunicación y cultura se perfila un interés por lograr un conocimiento profundo del comportamiento de los públicos y la audiencia, en su articulación con estructuras y procesos sociales más generales. Se subraya su carácter activo y los rasgos propios de la producción social de significados. Además de los ejes interpretativos específicos de los grupos, donde la posición del individuo en la estructura socioclasista influye en sus estrategias y códigos receptivos. De esta manera, la recepción de los medios y las prácticas en que se concreta el

consumo cultural se legitiman como áreas de indagación importantes en las agendas de algunas de nuestras instituciones.

### Los medios: de sus efectos a su recepción

El surgimiento en 1991 de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana, antigua Escuela de Periodismo, creó un clima propicio para las investigaciones de los medios, especialmente en los temas de la recepción.

A diferencia de la etapa anterior, junto a investigaciones aplicadas se observa un interés por profundizar en las matrices teóricas de la comunicación masiva y en construir una mirada propia sobre estos fenómenos en el país, desde una perspectiva crítica a sus antecedentes. En esta línea se destaca el trabajo “Desde el otro lado: una aproximación teórica a los estudios latinoamericanos sobre recepción” (1995). Sus objetivos fueron: adentrarse en la evolución de las teorías, que abordan los procesos de recepción a escala internacional; analizar los enfoques comunicacionales de los que parten, las propuestas metodológicas que utilizan; y enmarcar las características y originalidad de los autores latinoamericanos en este quehacer, su marco epistemológico y las formas de transdisciplinaridad que utilizan.

Desde un punto de vista metodológico, profesores de dicha Facultad sistematizan con fines didácticos los enfoques de mayor presencia en este campo. Un ejemplo de este tipo de esfuerzo es el realizado por Alonso y Saladrigas (2002), “Para investigar en Comunicación Social”. Las autoras señalan como una de las modalidades básicas del estudio de la comunicación, las investigaciones comunicológicas, y las clasifican de acuerdo a la esfera y al momento del proceso comunicativo. En el primer grupo se ubica la comunicación de masas, la institucional y la comunitaria o grupal; y en el segundo, los estudios de

emisores, mensajes, recepción y efectos, teóricos e históricos.

Otra muestra de las incursiones realizadas por dicha institución en este campo es el “Estudio de algunas de las mediaciones del entorno comunicativo cubano” (1996), en el cual se analiza el contexto social y el sistema de comunicación pública, particularidades del sistema político y de los medios en Cuba, recientes transformaciones, el consumo y los medios en sí. Se destacan además “Recepción de telenovelas: un enfoque teórico-metodológico para su estudio” (1999) y “Los receptores tienen la palabra. Breve estudio de consumo cultural en La Habana” (1998).

En todos estos trabajos se observa un mayor nivel de actualización, un acercamiento a los Cultural Studies y a las perspectivas latinoamericanas. En este sentido, los autores que más se reiteran en las referencias son Martín Barbero, Fuenzalida, García Canclini, Martín Serrano, Orozco, entre otros. De esta manera, nuestros investigadores aplican a la realidad cubana conceptos ya validados científicamente y ven la recepción en el amplio marco de la cultura, donde se toman en cuenta otras mediaciones, más allá de las que aportan los medios y sus mensajes. En este orden se han analizado la representación social sobre los medios de comunicación de masas, su relación con el consumo, las estrategias subjetivas de recepción de los mensajes y la influencia de los indicadores de calidad de vida.

En síntesis, aunque no ha sido igual para todos los centros, se observa un vuelco de perspectiva en la indagación sobre estos temas, en un intento de los especialistas por recuperar el equilibrio entre la teoría y la práctica, que amerita toda aproximación científica, a través de un fortalecimiento de sus bases conceptuales y metodológicas. Trascender los estudios de *rating*, los sondeos de opinión y la mera descripción de audiencias, con la utilización de variados enfoques y técnicas, que

le permitan profundizar en la compleja naturaleza de estos procesos, más allá de las relaciones causa-efecto.

### Prácticas culturales y subjetividad

Como parte del problema de investigación “Desarrollo cultural y participación”, del otrora Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, el consumo cultural ha devenido objeto de análisis clave, asumido como una forma de participación, que se cristaliza en prácticas socioculturales en las que se construyen significados y sentidos, que a su vez sirven para modificar las mismas. En esta indagación se han considerado como ejes centrales las necesidades, los discursos, el repertorio de conocimientos y significaciones, junto a las conductas que modelan y orientan las maneras en que los sujetos sociales se apropian de determinados bienes.

En el contexto de condiciones sociohistóricas específicas, se identifican además las similitudes y diferencias, que hablan, en cierta medida, de limitaciones y potencialidades para intervenir, bien como consumidor o como actor de transformación en esta esfera, y transitar de mero beneficiario o usuario de políticas a real protagonista.

En este quehacer, los investigadores de este Centro han acumulado resultados que permiten conocer las formas y niveles de participación de la población y, en especial, las particularidades del consumo cultural. Con respecto a este la orientación teórica fundamental que ha prevalecido es la propuesta de García Canclini, quien lo conceptualiza como el

conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde al menos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica. (1992:12)

Se ha podido delinear un mapa global

sobre la interacción de los distintos grupos sociales con los bienes simbólicos, así como identificar algunas de las mediaciones que pueden estar incidiendo en la misma. La combinación de las lógicas cuantitativas y cualitativas ha sido la base de sus propuestas. Entre sus trabajos se destacan: “Algunas tendencias sobre el consumo cultural de la población urbana en Cuba” (1998); “La población como actor de participación: un estudio de caso de la provincia de Villa Clara” (1999); “Participación social y cultura: un estudio de caso de la provincia de Holguín” (2002); “Prácticas culturales cubanas: una mirada al interior del país” (2002); “Una mirada a los intereses literarios y a las prácticas de lectura en Cuba” (2002); “En torno a la participación: el consumo cultural cubano” (2004).

Los resultados de esta labor permiten distinguir, en relación con el consumo, patrones similares para toda la sociedad, que devela la existencia de rasgos integradores, los cuales sirven para comunicar e interconectar a las personas, en relación con prácticas e intereses comunes a todas por igual. Así, vemos que la mayoría se vincula a la cultura masiva, en especial a la TV y a la radio, y el hogar constituye el espacio cultural por excelencia.

A pesar de estas coincidencias, se observa una diversidad en su interior, expresada en diferentes intereses, hábitos y expectativas, condicionadas por las características de los grupos sociales. Ello posibilita definir conjuntos poblacionales con particulares formas de interconectarse con los circuitos de la cultura, indicadores de múltiples identidades que conviven en la sociedad, como reflejo de su complejidad. En este sentido, en la población cubana se constatan fragmentaciones que hablan de distintos niveles de consumo cultural y jerarquizaciones implícitas, por parte de los sujetos, con relación a los tipos de bienes con que interactúan.

Los datos indican que el consumo cultural descansa sobre una estructura compleja y opera con una lógica dictada por

los más diversos factores, como son: trayectorias profesionales, géneros, edades, matrices consolidadas de intereses, hábitos, expectativas, formas de participación, así como de necesidades y significaciones, en relación con la cultura.

En este último sentido, dichos estudios profundizaron en el universo de necesidades de los sujetos, caracterizado por estar estrechamente ligado a la realización personal, la familia y el trabajo, en la búsqueda de satisfactores materiales de sustento, que les impiden trascender los planos existenciales más inmediatos de su cotidianidad.

Al indagar sobre los significados otorgados a la noción de cultura, se observó el predominio de un contenido que la relaciona con la creación, el arte y la sensibilidad, en estrecho vínculo con la educación, el conocimiento y el desarrollo. Los sujetos distinguen así una alta cultura, más elaborada, que exige ciertas competencias, y asumen que existe un gusto legítimo y superior. Esta forma de representación constituye un factor diferenciador y jerárquico, en detrimento de otras prácticas de su vida cotidiana, donde también se despliegan capacidades, habilidades, creatividad y originalidad. Así, las personas portadoras de estos sentimientos pueden sentirse excluidas ante determinadas propuestas, subestimarse al autocatalogarse como incultas, y llegar a desarrollar estereotipos o prejuicios, que coarten cualquier tentativa de interacción con estos bienes.

Hay que destacar que el predominio en la subjetividad social, de este sentido de la cultura, construye y reproduce a diario categorías afines a un modelo jerarquizador que, de una manera consciente o no, sigue siendo el dominante en las estrategias que se implementan, tanto por los medios de comunicación, las políticas culturales y educativas, como por la familia. Este responde a categorías predeterminadas, que delimitan cada campo artístico por separado y definen la estética por la belle-

za que albergan las grandes obras de arte, lo que los sujetos heredan y sedimentan como verdades indiscutibles. (Willis, 1999) Valoración que implica una clara separación entre los procesos de consumo y producción, cuya elaboración y disfrute son exclusivos de grupos sociales con competencias y entrenamientos específicos. De esta forma la creación y la innovación aparecen, casi exclusivamente, subordinadas al talento individual de poetas, músicos y artistas en general.

La línea de análisis hasta aquí descrita pretende adentrarse en las principales prácticas culturales de la población y en el mundo de significaciones, necesidades, percepciones y representaciones sociales, que las acompañan. Se parte del hecho de que no es posible comprender el comportamiento cultural, al margen de la subjetividad individual y social que ayuda a construirlo y resignificarlo. Mediatizado por los sistemas de creencias, valores, y el sentido común, nos obliga, para explicarlo, a conocer con qué conceptos operan los sujetos para representarse la realidad.

Es importante resaltar que esta manera de enfrentar el estudio del consumo cultural, aunque no es algo generalizado en el quehacer científico nacional, pretende alejarse del énfasis impuesto por el paradigma racionalista y positivista, en el cual la realidad es entendida como objetividad determinante en sí misma. Se destaca así la trascendencia de la estructura significativa de la vida social, en tanto construcción, a partir de la interpretación de los sujetos y la interrelación entre lo objetivo y lo subjetivo en toda su complejidad.

El desplazamiento del acento en lo estructural y en las predeterminaciones externas de la acción social, hacia el énfasis subjetivista o culturalista, es un proceso por el que han ido transitando las ciencias sociales cubanas en los últimos años, aunque a un ritmo diferente según las disciplinas y las instituciones.

Tal situación ha conllevado no solo a la atención a fenómenos sociales, que antes no eran priorizados, sino también a la revisión crítica de los paradigmas teórico-metodológicos de referencia dominantes en etapas anteriores, al reencuentro con el quehacer científico de otras regiones y a la búsqueda de un pensamiento autónomo que, sobre la base de un marxismo revitalizado, permita enfrentar las tareas de reconstrucción de la sociedad cubana de hoy.

### Repensar nuestras sendas

No quedaría completa esta reconstrucción si no nos adentramos, de una manera crítica, en las causas que hicieron prevalecer el marxismo-leninismo en su versión dogmática, y el impacto que tuvo en la dirección y evolución de los estudios del consumo cultural. Este esfuerzo de autorreflexión se inscribe en el necesario balance que las ciencias sociales cubanas hacen hoy sobre su quehacer, en la identificación de sus rasgos, debilidades, potencialidades y las circunstancias en que tuvo que desarrollar su producción, en el marco de una relación específica con el poder, así como en los caminos para continuar su labor futura.

Aurelio Alonso considera que la experiencia revolucionaria cubana, en sus primeros años, no se perfiló desde el marxismo. (1995) Por el contrario, es la Revolución triunfante la que se apropia posteriormente de él y lo incorpora a su ideario político-social. Esta asimilación en sus inicios no se redujo a la versión doctrinaria soviética, pues se mantuvieron abiertos espacios de reflexión renovadores en diversos sectores de la sociedad, que incluso alcanzaron las más altas esferas políticas, donde se hicieron francas críticas al “manualismo”. La década del sesenta se caracterizó por la coexistencia de una multiplicidad de teorías, en un clima de debate contra la visión dogmática y sectaria de esta filosofía, así como

por el reclamo de herramientas intelectuales auténticas, donde la confrontación era indispensable. Eran escenarios de debates en los cuales había un esfuerzo consciente por asimilar el marxismo y otras teorías en toda su riqueza, desde posiciones propias a la altura del proceso que se gestaba. Según Fernando Martínez significó, por principio, rechazar credos; privilegiar el análisis y el argumento, sobre la cita y la acusación; la separación de un pensamiento dicotómico, empobrecedor y mecánico. Todo ello expresión de una voracidad por asumir la cultura mundial desde Cuba. (2001)

A partir de los años setenta y durante los ochenta se clausuran estos espacios de debate y, como nos señala Aurelio Alonso, el marxismo en la interpretación soviética fue el que se extendió con mayor amplitud, no solo por la presencia significativa de este en el movimiento revolucionario internacional, sino también por los vínculos económicos, militares y políticos, que se empezaban a tejer con ese país. (1995)

Los obstáculos que impidieron lograr una economía sólida, que respaldara un proyecto socialista autónomo, en medio del agresivo bloqueo estadounidense y la necesidad de garantizar la subsistencia del mismo, contribuyeron a la incorporación de Cuba al sistema socialista mundial, a través del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

La adopción del sistema político y económico institucionalizado, al estilo soviético, contribuyó a una asimilación acrítica del marxismo ortodoxo. Se comienza una rápida difusión de estas ideas, gracias a las acciones educativas masivas que se emprendieron en las universidades y distintas instituciones docentes, junto a la formación de un gran número de especialistas cubanos en esos países y la presencia de asesores del campo socialista. A juicio de Fernando Martínez esto no fue más que entronizar la “ideología teorizada soviética”, lo que provocó un impacto negativo en las ciencias sociales, al acusar de

diversionismo a todo lo que se apartara de esa concepción. (2001) Paulatinamente, los textos de los clásicos (Marx, Engels y Lenin) “fueron santificados desde versiones adocenadas por la repetición, la codificación y la cita de autoridad”. (Alonso, 1995: 36)

Se instauró una clasificación mecánica de teorías burguesas vs. teorías marxistas en el pensamiento social, dedicado más a la crítica de las primeras, cuyos aportes eran negados *per se* al margen de su contenido, que a la construcción de una propuesta propia y original. La adscripción a las segundas, junto al uso de la literatura correspondiente, se convirtió en una garantía de la cientificidad y de la correcta posición ideológica del autor. Como consecuencia, las orientaciones no marxistas o aquellas que dentro de ese marco se diferenciaban de la posición ortodoxa se consideraban inadecuadas para la comprensión de la realidad social, sin tener en cuenta que también podían constituir fuentes de conocimiento de inestimable valor.

Esta visión también proclamaba el uso de categorías cerradas en la prescripción de una realidad regida por leyes objetivas que marcaban etapas periódicas por las que tendría que pasar ineludiblemente. Esta argumentación se insertaba en una manera de interpretar la transición socialista, que presuponía un progreso irreversible, con una trayectoria uniforme universal, común a todos los países que habían optado por este sistema social. Se identificaban los elementos (“regularidades”) que pautaban el paso del capitalismo al socialismo, y de este al comunismo; específicamente, la creación de una base técnico-material (industrialización, electrificación, infraestructura, etc.); el uso de la ciencia y la innovación tecnológica, en tanto fuerzas productivas, que conllevaría al aumento de la productividad del trabajo; la eliminación de las relaciones de explotación; la homogenización social; además de la socialización de valores y normas colectivistas y solidarias.

Esta concepción, tal como argumenta Espina, expresaba una creencia en el carácter científico objetivo del conocimiento social, en el universalismo de la razón y en la racionalidad occidental como fuerza motriz de la historia —la cual era comprendida como un proceso progresivo, necesario e inevitable, con posibilidad de ascenso desde lo tradicional a lo moderno—; preeminencia de la nación y del Estado como escenario preferencial y sujeto del cambio social; carácter secundario de actores de escala micro; visión evolucionista del ser humano y la sociedad; confianza en la positividad e inagotabilidad de la innovación tecnológica como factor de cambio ascensional. (2001)

Se conformaba así una única interpretación de la sociedad y su dimensión histórica, que subordinaba el estudio de la vida social al cumplimiento o no de las regularidades fundamentales que preestablecía y a su determinación económica. La indagación se centraba en la búsqueda de relaciones causa-efecto. Ello revelaba no solo la influencia de posturas conductistas y funcionalistas en el quehacer científico, a pesar de la declaración marxista-leninista, sino quizás, simultáneamente, las similitudes y puntos de contacto de esta última con esas mismas posiciones que intentaba desechar.

En este contexto, además, a las ciencias sociales, bajo la influencia de un fuerte tutelaje político, se les atribuía una función limitada al diagnóstico de la realidad, la aplicación y la evaluación de un modelo, para detectar y reajustar algunas de sus desviaciones. Eran aceptadas solamente algunas críticas moderadas y dirigidas hacia aspectos parciales y no se consideraban sus potencialidades para brindar enfoques alternativos. (Espina, 2003) Orientadas fundamentalmente hacia su arista aplicada, no pudieron escapar de la desvirtuación de los puntos de partida teórico-metodológicos que imponía el marxismo dogmático. Como resultado, muchas de ellas

asumieron acríticamente los modelos, las temáticas, las metodologías y el modo de abordaje, provenientes de los países socialistas, incuestionables por lo que representaban, y la exclusión de algunos temas “tabúes” considerados ajenos a este paradigma, cuando eran trascendentales tanto para la realidad cubana como para el pensamiento social universal. Por ejemplo, el recelo que la teoría y las prácticas del socialismo introdujeron en la ideología, sobre el tema del consumo y su vinculación con los procesos de diferenciación social, al identificarlo con el consumismo, fenómeno característico del capitalismo, que tenía poco lugar en la nueva sociedad que se edificaba.

Evadir determinadas cuestiones no solo estaba motivado por la censura externa, sino también por la postura más o menos consciente de los investigadores, de evitarlas, debido a la conflictividad que les era inherente y por su incapacidad de apropiarse de manera creativa de otras propuestas, como consecuencia de procesos de formación esquemáticos y reproductivos. (Espina, 2003)

Lo anterior se trasluce de manera bastante clara en el discurso social de la época, caracterizado por un lenguaje dicotómico (materialismo-dialéctico vs. idealismo, revolucionario vs. burgués), sin matices, donde lo positivo provenía del primer polo y lo negativo del segundo; así como el uso casi exclusivo de autores considerados marxistas, en detrimento de los clasificados “burgueses” o “revisionistas”, por la teoría oficialista de origen soviético. También era usual recurrir en mayor medida a manuales e interpretaciones que los especialistas hacían, que a las obras originales de los clásicos, lo cual ponía en duda la comprensión y adscripción real del paradigma marxista al que se apelaba. Otro rasgo era la abundancia de citas de discursos de altos dirigentes del país o documentos oficiales, a veces en exceso o sin justificación, con vistas a avalar el carácter

científico de los resultados, los problemas a estudiar, las reflexiones y la propia posición político-ideológica del autor.

El modo de hacer que se consolidó, cercano al dogma, ideologizó a tal punto la investigación, que afectó su carácter científico. Esto no niega la inevitable partida ideológica que tiene toda ciencia, pero

no podemos pensar que estamos haciendo ciencia solo con las banderas de la revolución [...] eso es un presupuesto de nuestro trabajo, pero tenemos también que el componente valorativo no puede existir a costa del sacrificio del componente científico en su sentido integral. (Fernández, 1991: 14)

Otra debilidad fue la profunda compartimentación del conocimiento social (Hernández, 2003), estimulada por una concepción de organización de las ciencias sociales y humanísticas, que las fragmentaba en disciplinas y ramas del saber, con sus equivalentes en departamentos, áreas e instituciones, que impedía la integración multidisciplinaria, la confrontación de puntos de partida y la complementación de enfoques. En un ambiente, por demás, poco propenso a la crítica, al diálogo y al debate, entre especialistas. A ello contribuía, indiscutiblemente, la escasez de publicaciones especializadas y de otros espacios de confrontación, pero fundamentalmente cierto “síndrome del misterio” (Zamora, 1990) de lo que debía hacerse público o no, que limitó la divulgación y circulación de los estudios científicos, con el consecuente impacto negativo sobre el discernimiento de la realidad y de la propia investigación. De hecho los estudios eran vistos como exclusivos de las instituciones que las encargaban y constituían material restringido.

Todo lo anteriormente mencionado, indiscutiblemente, creó un clima desfavorable a la creatividad y al desarrollo de la investigación social y a sus posibilidades de incidir en la realidad; pero tampoco puede

asumirse como un proceso homogéneo en todas las disciplinas, instituciones y áreas temáticas, ni sería justo dejar de resaltar los logros alcanzados. Así lo demuestra el desarrollo de un cúmulo de investigaciones, respaldadas por una red de centros especializados que fueron solidificándose paulatinamente, adscriptos a las universidades y a otras instituciones centrales del Estado. Estas organizaciones crearon un marco institucional para la producción social de conocimientos, dieron cabida a cuantiosos profesionales, en su mayoría de reciente formación, quienes, no obstante su escasa experiencia, lograron conocimientos relevantes sobre diversos problemas de la realidad. Sus presentaciones se insertaban en el compromiso de las ciencias sociales de incidir en los cambios deseables, mediante su aporte al diseño de políticas sociales.

También fueron los propios investigadores, en su quehacer diario, en un entorno de cambios radicales, quienes tomaron conciencia de que cada vez era más difícil interpretar la vida social a través de esquemas *a priori* y de la urgencia de abrirse paso hacia un pensamiento creativo e independiente, que evaluara como posibilidad todas las fuentes de pensamiento, de manera plural, rescatara la originalidad del ideario revolucionario cubano y del marxismo, como herramienta heurística clave para la comprensión de los fenómenos sociales.

Actualmente, aunque muchas de las debilidades anteriormente mencionadas persisten, los finales de los años ochenta y los principios de los noventa constituyen una etapa cualitativamente diferente, del pensamiento social y cultural cubano. A ello contribuye decisivamente la crisis de un modelo economicista, productivista y tecnologicista, que se creía capaz de proporcionar bienestar a las amplias masas y de homologar a aquellas naciones donde todo era previsible y funcional a los objetivos a alcanzar. Agotamiento que responde a la

propia dinámica de una nueva realidad, que hace emerger procesos no esperados e incluso contrapuestos a las metas pautadas desde este esquema de sociedad.

Ello produce una revitalización, tanto a escala teórica como práctica, que convierte a las ciencias sociales en sujeto de un proceso de debate y reflexión. Se evalúan sus limitaciones, potencialidades y retos a enfrentar, para constituirse en actor clave del rediseño, la ejecución y la evaluación del proyecto socialista cubano. Balance que refleja aún una débil elaboración en los análisis teóricos integrados; retraso con respecto a los avances metodológicos mundiales; pobreza metódica; tendencia al empirismo y a la fragmentación de los objetos de estudio; bajo perfil crítico, que en ocasiones produce un encantamiento con nuevas propuestas; escasa construcción utópica; y ausencia de la interdisciplinariedad. (Espina, 2003) Una institucionalidad y un arraigo en los medios ideológicos, en los dispositivos de movilización social y en el mundo académico, que, en alguna medida, actúa y padece de cierta ortodoxia doctrinal dominante. (Alonso, 1995)

Al margen de todas estas deficiencias, se reconoce un conjunto de potencialidades que pueden conducir a las ciencias sociales a transitar hacia un pensamiento y unas prácticas creativas e innovadoras. En este sentido, se destacan: la restitución de la capacidad problematizadora y el sentido polémico al analizar las tendencias del devenir social; la existencia de una amplia acumulación de datos sobre diversos procesos de la realidad social, y de una red de instituciones especializadas en estudios sociales; una incipiente cultura de diálogo entre investigadores y centros de toma de decisiones; presencia de una tradición humanista en el pensamiento social revolucionario nacional, dinamizado por el marxismo, en especial, en la comprensión dialéctica de las contradicciones; además de cierto entrenamiento en la elaboración de proyectos de intervención, y experien-

cias comunitarias que intentan una transformación, inspiradas en las concepciones del desarrollo local, humano, la sustentabilidad y el autodesarrollo. (Espina, 2003)

A nuestro juicio, en el ámbito cubano no se puede asegurar que todo este proceso de revitalización haya madurado como tal, ni que sea equivalente en todos los ámbitos de la práctica investigativa. Pero sí no cabe duda de que existe un consenso sobre la necesidad de que las ciencias sociales recuperen la capacidad de identificar una agenda temática genuinamente nacional, alternativa a sus formas de hacer vigentes durante largo tiempo y en correspondencia con las complejas circunstancias que viven el país y el mundo.

Todo esto nos habla de un escenario polémico, donde se intenta generar un modelo de desarrollo propio, desde perspectivas que defiendan los logros del socialismo y los aportes del marxismo, sin renunciar a una relectura crítica a la luz de sus fracasos y a una apertura al conocimiento social en general, que tribute al enriquecimiento de nuestro pensamiento social.

### Algunas notas necesarias

El objetivo de este trabajo no ha sido ofrecer una descripción precisa del consumo cultural como campo de investigación en el país. No hemos intentado producir una nueva síntesis post crítica de dichos estudios. Una ambición de este tipo nos parece cada vez más vana en razón de la diversidad de conocimientos acumulados en diferentes dominios y la ampliación de la impronta de este tema en la sociedad contemporánea. Solo hemos querido ordenar un razonamiento que asocie sus características esenciales con las de sus análisis. Más allá de los consensos y disensos que esta periodización pueda provocar, creemos que es un avance considerable, porque junto al acontecer de la realidad coexiste el quehacer investigativo, que tiene su dinámica y su lógica propias. Por ello, si

estamos interesados en su desarrollo, una vía pudiera ser tomar conciencia de los aspectos que en uno y otro acontecer pueden interconectarse.

Como hemos visto, la mayor parte de los que se han acercado a esta cuestión recorren, de cierta forma, un camino que va de las representaciones macrosociológicas y “estructuralistas” hacia un análisis que, paulatinamente, ha ido centrándose en las prácticas concretas de los sujetos, sus procesos subjetivos y su capacidad de autorreflexión, tránsito que no ha sido homogéneo en todas las disciplinas y centros de investigación. Como resultado, ha sido cuestionada la visión de los impactos de las políticas culturales, como una influencia de tipo lineal y decisiva, donde se desconocen las tensiones entre la unidad de una propuesta a su nivel retórico y la diversidad de acciones que requiere su realización; la complejidad de los procesos que implica; las lagunas conceptuales y operativas; las inconsistencias, los vacíos, las contradicciones, e, incluso, ignora también que hay racionalidades múltiples, donde cada actor orienta la acción colectiva, según su propia mirada. Muchas veces, cuando se habla de impactos los investigadores muestran cierta superioridad y una fe ciega, hasta cierto punto, en la racionalidad de los saberes descubiertos, como necesarios e inevitables ejes del pensamiento y la práctica social.

Mientras que hace algunos años lo esencial fue las metodologías, las técnicas y las funciones de diagnóstico y pronóstico, actualmente se discute con más energía cómo hacer para que la investigación incida en una mejor comprensión de los comportamientos que se expresan en el consumo cultural. Esto significa que las reflexiones que exige la sociedad tienen que partir del aporte de paradigmas de diversa índole y la necesidad de un retomar crítico de los postulados marxistas.

Se trata de un abordaje múltiple porque estos procesos pueden alcanzar unidad, sentido y coherencia, pero también tensiones y contradicciones. Ambas tendencias, sin embargo, contribuyen a la identificación de la realidad y, por ende, nos acercan a la posibilidad de encontrar los mecanismos para incidir en su comprensión.

Es importante mencionar que estos encuentros no tienen por qué ser individuales. Por el contrario, tanto la oportunidad de realizar indagaciones con una perspectiva amplia de referencia, como la de reconceptualizar y avanzar en el conocimiento de las realidades del consumo cultural, requieren de la organización de los especialistas. Mecanismo de inter pares para lograr un control efectivo de la calidad de la investigación, a través de la discusión académica, la crítica, la réplica; además de la capacidad de presión y seguimiento sobre las estrategias políticas que se implementen. Consideramos que esto constituye también la mejor manera de lograr una divulgación adecuada de los resultados obtenidos y un medio de ir construyendo una cultura científica mínima, entre los distintos profesionales interesados por el tema de la cultura.

Ellos deberán contribuir a explicar, resolver y enfrentar, de la mejor manera posible, los retos emanados en el ámbito del desarrollo cultural del país, a través del rescate de un pensamiento autónomo, evitando dogmatismos y mimetismos, que lo laceran. Sin desechar *a priori* el pasado, buscar los logros, acumulaciones, limitaciones y ausencias, desde una perspectiva crítica, con el imperativo de encontrar caminos novedosos y propios, para una proyección futura de los estudios sociales en el país, en correspondencia con las urgencias de una sociedad que está precisada a transitar por acelerados cambios, sin dejar de defender un proyecto social popular y anticapitalista, bajo las más diversas amenazas.

## Bibliografía

- Alonso, Aurelio 1995 “Marxismo y espacio de debate en la Revolución Cubana”, en revista *Temas* (La Habana) Nº 3.
- Colectivo de autores 1990 “Informe sobre el tiempo libre y recreación en los jóvenes cubanos”.
- Espina, Mayra *et al* 1998 “Componentes y tendencias socioestructurales de la sociedad cubana actual”. Informe de investigación (La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente).
- Espina, Mayra 2001 “Humanismo, totalidad y complejidad. El giro epistemológico en el pensamiento social y la conceptualización del desarrollo”. Ponencia presentada en el III evento “Participación Social y Cultura”, organizado por el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello (La Habana).
- Espina, Mayra 2003 “Cuba: la hora de las ciencias sociales” en Hernández, R. (comp.) *Sin urna de cristal* (La Habana: CIDCC Juan Marinello).
- Fernández, Olga *et al* 1991 “Las ciencias sociales en Cuba: problemas y perspectivas”, en *Revista Cubana de Ciencias Sociales* (La Habana) Nº 26.
- Ferriol, Angela 1999 “Pobreza en condiciones de reforma económica: el reto a la equidad en Cuba” en revista *Cuba: Investigación Económica* (La Habana) Nº 1.
- García Canclini, Néstor (coord.) 1992 *El consumo cultural en México* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes).
- García Canclini, Néstor 1995 *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización* (México: Ed. Grijalbo)
- Hernández, Rafael 2003 “Notas al pensamiento cubano contemporáneo” en Hernández, Rafael (comp.) *Sin urna de cristal* (La Habana: CIDCC Juan Marinello).
- Martín, Consuelo *et al* 1996 “La vida cotidiana en Cuba. Una mirada psicosocial”, en revista *Temas* (La Habana) Nº 7.
- Martínez, Fernando 2001 *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Editorial Letras Cubanas).
- Perera, Maricela 1998 “Significados en torno a la desigualdad social” (La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas). Informe de investigación.
- Roque, Roberto 1984 “Aproximación histórica a los estudios sobre el tiempo libre en Cuba” en *Revista Cubana de Ciencias Sociales* (La Habana) No. 6.
- Roque, Roberto 1993 “El concepto de tiempo libre: fundamento de un modelo normativo del progreso de la actividad libre en el socialismo” (La Habana). Material de trabajo.
- Valdés Gutiérrez, Gilberto 1996 “La alternativa socialista: reforma y estrategia de orden” en revista *Temas* (La Habana) Nº 6.
- Willis, Paul 1999 “Notas sobre cultura común. Hacia una política cultural para la estética terrena” en *Revista Arxius de Sociología* (Universidad de Valencia: Editorial Afers) Nº 3.
- Zamora, Rolando y García, Maritza 1988 *Sociología del tiempo libre y consumo de la población* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Zamora, Rolando 1990 “La sociología del tiempo libre y su aplicación a los estudios del consumo de la población”. Tesis Doctoral, Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana.